

marcheis, como siempre, recto á un objeto que debeis obtener, y es la vuelta á Francia de vuestras tropas, sin pérdida de tiempo.»

El emperador Maximiliano veía la conducta observada por el gabinete de las Tullerías con indignacion y repugnancia. Entre el gobierno mejicano y el mariscal Bazaine no había vuelto á mediar comunicacion ninguna desde la carta ofensiva para los ministros mejicanos que dirigió el segundo á Maximiliano con fecha 28 de Enero. El rompimiento había sido completo. El general en jefe francés no volvió ya á ver más al jóven emperador de Méjico. Sin embargo, en los días próximos al destinado para partir, «el cuartel general francés,» dice Kératry, «por interés de los oficiales y soldados franceses que habían merecido la distincion de Maximiliano, y que pertenecían á regimientos que habían combatido siempre, no temió recordar al emperador la proposicion hecha mucho antes para hacer algunas concesiones de la cruz de Guadalupe.»

1867. El pliego en que se recordaba al emperador  
Febrero. su antigua proposicion, fué interceptado por el padre D. Agustin Fischer, quien inmediatamente escribió al general d'Osmond, el que había sido ministro, la siguiente carta, confidencial y reservada:

«Méjico 1.º de Febrero de 1867.—Mi querido general:—No ignora V. que la línea de conducta que ha observado el mariscal Bazaine en estos últimos días, ha producido por última consecuencia que S. M. se haya resuelto, bien á su pesar, á cortar toda relacion con él; por cuyo lamentable incidente he creído deber abstenerme

de someter á la aprobacion de S. M., las propuestas que me envió V. antes de ayer, porque considero que no harían más que aumentar el disgusto del Emperador.

»El respeto que debo á V. y la alta estimacion que le consagro por sus méritos, me hacen que le hable con esta franqueza.

»Deseoso, sin embargo, de no dejar sin la merecida recompensa los buenos servicios de dignos militares comprendidos en las propuestas, someto á la eleccion de V. dos medios que, á mi juicio, serían buenos para un éxito favorable: pídalas V. mismo al emperador en nombre de V., no en el del mariscal, ó bien diríjame V. una carta particular en el mismo sentido, en cuyo caso tendré suma satisfaccion en procurar la alta aprobacion de S. M.»

El general d'Osmond puso en conocimiento del mariscal Bazaine la precedente carta del abate D. Agustin Fischer, secretario del emperador. El mariscal, disgustado del contenido del pliego, encargó al jefe del gabinete militar francés que contestase á las últimas proposiciones del padre Fischer, con dureza. El encargo fué obsequiado, pues el día 2 de Febrero envió la siguiente contestacion que no pecaba de atenta:

«Méjico, 2 de Febrero de 1867.—Señor abate:—S. E. el mariscal Bazaine, á quien el jefe Osmond ha enseñado la carta de V. del 1.º de Febrero, confidencial y reservada, me ha encargado que tenga el honor de contestar á V.

»La ignorancia de V. de los usos militares, le ha hecho dirigir al general Osmond una doble proposicion que atestigua el deseo que tiene V. de que queden privados de la

recompensa que merecen unos bravos soldados, y la que estiman en tanto precio.

»Agrega V. que ha creído que no debían someterse á la aprobacion de S. M. el emperador de Méjico las listas de propuestas, á causa del lamentable accidente que ha tenido lugar en estos días.

1867. »Es de sentirse, en efecto, que unas propues-  
Febrero. tas, hechas hace tanto tiempo, se hayan reservado para resolverse durante unas circunstancias tan poco favorables; pero, señor abate, no puede admitirse que el deseo particular que atestigua V. de ser agradable al general Osmont, autorice á este oficial general á separarse de las reglas de la gerarquía, que, en el orden militar, como el orden religioso, constituyen la base de la disciplina.

»En cuanto al incidente que V. invoca, no puede ignorar quien lo ha provocado, y poniendo en orden los hechos, percibirá V., tal vez, que la lealtad desconocida, la dignidad y el sentimiento ofendidos han obligado al mariscal á la primera ruptura, con la cual cargará únicamente la conciencia de los amigos políticos de V.»

No podía ser ya más acentuada la mala prevencion que existía entre el mariscal Bazaine y el gobierno de Maximiliano. Esto obligaba al primero á procurar la pronta salida de las tropas, y en los primeros días de Febrero, el cuartel general francés, que aun permanecía en Méjico, se ocupó en entregar la ciudad á las autoridades mejicanas. La intendencia francesa ofreció al ministro imperial los carros que no podía llevarse el ejército, algunos trenes y el vestuario militar. El gobierno de Maximiliano

sólo pudo comprar el vestuario, á causa de impedirle la situacion angustiosa del erario comprar lo demás. Poco generosas se mostraron en eso las autoridades francesas, pues sabiendo mejor que nadie, la escasez de recursos pecuniarios en que se hallaba el gobierno imperial, debió cederle á poco costé, ó concediéndole plazos para el pago, lo que no les era posible conducir á Veracruz. Muchos objetos de guerra prefirió destruir el cuartel general francés, á dejarlo al gobierno de Maximiliano. Parecía que el despecho se había apoderado de los representantes de Napoleon desde que el jóven monarca de Méjico resolvió no abdicar la corona. Considerable cantidad de pólvora fué arrojada á las acequias por los franceses, que podían haber dejado al gobierno mejicano; millares de granadas fueron destruídas, y considerable número de cureñas rompieron

1867. y destrozaron. El mismo conde de Kératry  
Febrero. confiesa esa destruccion dispuesta por el cuartel general, aunque tratando de presentarlo como de ninguna importancia. «Los proyectiles huecos ó sólidos,» dice, «cuyo trasporte á Francia hubiera sido muy costoso, se rompieron, porque eran enteramente inútiles á los mejicanos, cuyos cañones lisos de á 8, no podían cargarse con las balas de las piezas rayadas de á 4. En cuanto á la pólvora del cuerpo expedicionario, el general Castelnau, con razon, dió orden de que se echase á la acequia;» y la razon que expone el expresado señor Kératry para arrojar al agua la pólvora, es que «Méjico quedaba bien surtido de municiones.» No sé si á alguno le parecerá aceptable la razon expuesta por el señor Kératry; pero, en mi concepto, cualquiera que sea la fuerza que tenga,

nunca le están demás á un gobierno, que se aumenten sus elementos de guerra por muchos que sean los que posea; y que, por lo mismo, atendido el estado de escasez en que se hallaba el tesoro del imperio, asi como á la lucha que se preparaba á sostener, nada podía sobrarle relativo á los artículos necesarios para la guerra. Por lo que hace á los proyectiles sólidos y huecos, el ejército mejicano no carecía, en absoluto, como cree el señor Kératry, de cañones rayados; pero aun cuando por aquel momento hubiera carecido, podía construirlos ó comprarlos. Por otra parte la operacion de arrojar la pólvora á la acequia y de destruir los proyectiles, era un trabajo innecesario, á la vez que costoso, si es que no se trataba de privar de esos medios de defensa al imperio; y más fácil, breve y económico hubiera sido para el cuartel general francés, dejarlo todo en los mismos puntos en que los tenía depositados. Otros objetos que tambien le habrían sido útiles al gobierno imperial, y que en vez de cedérselos por el mariscal Bazaine, se vendieron á precios sumamente bajos á quien quiso comprarlos, fueron monturas, equipos, caballos, mulas, barricas de pólvora, cajas de pistones para los fusiles y algunas piezas de paño ordinario para uniformes.

Ha blando el doctor Basch médico de Maximiliano, del mismo hecho que dejo referido, aprovecha la ocasion, para lanzar sobre el mariscal Bazaine los cargos más duros, presentados con pluma demasiado severa, como guiada por la desfavorable prevencion que contra él tenía. «Bazaine,» dice, «chasqueado al ver que el emperador se quedaba y resolvía empeñar la lucha con los republicanos, lucha difícil, pero que ofrecía probabi-

lidades de buen éxito, para el imperio, se quitó la máscara que había llevado tanto tiempo; hizo ver abiertamente, y sin ningun miramiento, en los últimos días que permaneció en Méjico, su amargura y su rencor. Se dispuso, por cuantos medios le quedaban, á preparar la caída del imperio, y á hacer imposible la lucha para sostenerlo.

«No tengo datos suficientes para declarar lo que todos dicen: que Bazaine vendió armas á los republicanos; pero lo que sí es cierto es que echó al agua, en presencia de centenares de espectadores, toda la provision de pólvora, rompió las cureñas y clavó los cañones. Las granadas fueron enterradas para esconderlas; en una palabra, se destruyó todo lo que se pudo del material de guerra existente. Entrado en esta vía vituperable, no le asustó al mariscal de Francia descender á actos del más grosero carácter y de la más marcada avidez. Maximiliano, cuando se casó Bazaine, le había regalado un palacio, que el gobierno había amueblado ricamente concediéndole el uso temporario. El mariscal, sin poner en duda el derecho de propiedad, enagenó todos los muebles.»

En este último cargo el doctor D. Samuel Basch sufrió, en mi concepto, un error involuntario. No parece verosímil que al regalarle Maximiliano el palacio, no lo verificase haciéndolo con inclusion de los muebles, para que fuese completo y régio el regalo, ni es de suponerse que el mariscal Bazaine, de otra manera, los hubiese puesto en venta. No hay más que leer la carta que el emperador le dirigió al hacerle el obsequio de boda, para convencerse de que, con efecto, el doctor Basch padeció un error respecto del cargo que con respecto á ese punto hace al ma-

riscal Bazaine. «Le damos á la mariscala Bazaine,» dice la carta de donacion, «el palacio de Buena-Vista, comprendiendo el jardin y los muebles, bajo la reserva de que el día que V. se vuelva á Europa, ó si por cualquier otro motivo no quisiera V. conservar la posesion de dicho palacio para la mariscala, la nacion volverá á hacerse de él, en cuyo caso se obliga el gobierno á dar á la mariscala, como dote, cien mil pesos.» Se vé, pues, que en el regalo del palacio, se comprendía el jardin y muebles.

En los momentos en que los franceses se ocupaban en romper los proyectiles que no les era posible llevar, las cureñas, y en arrojar á la acequia la pólvora, se presentaron en la puerta de la ciudadela, ocupada aun por las tropas francesas, el emperador Maximiliano y el general D. Leonardo Marquez. Ambos iban vestidos de paisano, y como el centinela había recibido la consigna de no dejar pasar á nadie, les marcó el alto, deteniéndoles hasta que

llego el oficial de guardia que mandó que se les dejase libre el paso. Era la vez primera que Maximiliano visitaba aquella fortaleza desde que había llegado á Méjico. Despues de haberla examinado detenidamente y de ver el material de guerra que en ella había, se dirigió á otros puntos, acompañado siempre del general D. Leonardo Marquez. El mariscal Bazaine se quejó de que no se le hubiese dado aviso de que se iba á hacer aquella visita que calificó de misteriosa y tuvo por un acto de desconfianza que no creía haber merecido. Juzgaba que no se había obrado por parte del emperador con la franqueza debida; porque siendo el general en jefe de las tropas expedicionarias y estando aun las tropas fran-

1867.

Febrero.

cesas en posesion de la ciudadela, su deber era estar al lado del soberano.

Brilló por fin la luz del día 5 de Febrero, que era el señalado por el mariscal Bazaine para salir de la capital con las últimas tropas y dirigirse al puerto de Veracruz.

Era una de esas mañanas serenas y brillantes que se disfrutaban generalmente bajo el limpio cielo de Méjico, cuya temperatura primaveral es, por decirlo así, constante, en todas las estaciones del año.

Desde muy temprano se quitó la bandera francesa que flotaba en el palacio de Buena Vista que habitaba el general en jefe, y poco despues las tropas francesas, desocupando las puertas de la ciudad y los cuarteles que ocuparon las cortas fuerzas del imperio, se formaban en la calzada de la Piedad y en el Paseo Nuevo, que están próximos á la ciudadela, para emprender la marcha.

Las calles de Corpus-Christi, Puente de San Francisco, San Francisco, del Correo, de la Profesa, las dos de Plateros, la Plaza de Armas, Flamencos, Portaceli, Jesús, la calle Real y todas aquellas por donde tenía que pasar el ejército frances hasta la puerta de San Antonio Abad para salir por ella de la ciudad, se hallaban apretadas de gente. Los balcones se veían ocupados por señoras y ca-

1867.

Febrero.

balleros. Pero en los semblantes de esos millares de personas que habían acudido á presenciar la marcha de las tropas expedicionarias, no brillaba el fuego del entusiasmo que anima la fisonomía cuando se espera una cosa á que se consagra admiracion y cariño. Por el contrario, en el rostro de ellas se dejaba leer esa curiosidad que inspira el deseo de ver lo que se anhela

desdeñar, como en despique de alguna ofensa recibida.

La retirada de los franceses era deseada por imperialistas y republicanos, pues se habían enajenado con su política el aprecio de los primeros y aumentado el odio de los segundos.

Eran las nueve de la mañana cuando las tropas francesas se pusieron en marcha, pasando por las calles que dejo mencionadas. A la cabeza de la division iba el mariscal Bazaine, seguido de un brillante y numeroso estado mayor.

Ni un viva, ni una sola demostracion de aprecio, ni un adios cariñoso de despedida alcanzaron aquellas legiones que habiendo ido á formar un imperio, volvían dejando el país en mayor anarquía y pobreza.

La multitud, guardando un silencio sepulcral, veía pasar los batallones mirándoles con despreciativo desden.

El emperador Maximiliano no salió al balcon al pasar la columna por enfrente al palacio nacional, y la tropa mejicana que daba la guardia, envió una mirada desdeñosa á los que se alejaban sin haber cumplido con las pomposas ofertas hechas por la corte de las Tullerías.

La poblacion se manifestó fría espectadora de la salida de los franceses que hacía tres años y ocho meses habían sido recibidos con indescriptible entusiasmo.

El 10 de Junio de 1863 y el 5 de Febrero de 1867 formarán siempre un completo contraste en la historia de la intervencion francesa en Méjico.

1867. En 1863 el mariscal Forey, conmovido por  
Febrero. la recepcion brillante que tuvo, decía á su gobierno, «que el ejército francés había sido acogido por

la poblacion entera de la capital con un entusiasmo que rayaba en delirio;» que «los soldados de la Francia habían sido agobiados literalmente bajo el peso de las coronas y ramos.»

En 1867 el mariscal Bazaine hubiera podido decir con no ménos verdad, que las tropas francesas habían salido de la capital en medio de la indiferencia de la poblacion entera. á quien su general en jefe había hecho perder todas las simpatías primeras; que los soldados de la Francia habían sido agobiados literalmente por los desacertados pasos del gabinete de las Tullerías, que les obligó á hacer un papel que jamás esperaron que Napoleon reservase á su reconocido valor, su disciplina y su afan de gloria.

Con efecto, el soldado francés, preciso es hacer justicia á su mérito, mostró en todas partes su proverbial valor; atravesó inmensos desiertos soportando las fatigas con admirable fortaleza y no escaseó jamás su sangre en los combates. Hizo lo que se le mandaba hacer, porque la obligacion del soldado es obedecer. No era responsable él de la política abrazada por su gobierno.

Un día despues de la salida del mariscal Bazaine de la capital, evacuaron la ciudadela algunas tropas que había dejado en ella, con la esperanza de que Maximiliano se resolviese á partir al verse sin grandes elementos para sostener la lucha. Viendo que no se realizó lo que esperaba, y habiéndose reunido á la division las expresadas tropas, continuó su marcha, pesaroso de que el jóven monarca permaneciese en Méjico.

El general Castelnau, cuya mision había terminado con la salida de las tropas, aunque trató de presentar esta á

los ojos de su gobierno con colores algo más lisonjeros que los que le correspondían realmente á los hechos, siempre dejan traslucir debajo de su suave colorido la triste sombra de la realidad. Teniendo que dar cuenta á su soberano de los acontecimientos que se habían verificado en el país durante su permanencia en él, salió de Méjico en la diligencia hasta el lugar en que estaba en corriente el ferrocarril, y llegó á Veracruz donde debía embarcarse el día 15 del mismo mes de Febrero. El 14 dirigió un despacho al emperador Napoleon, que llevó al telégrafo de Nueva-Orleans el buque correo Bouvet perteneciente á la escuadra francesa. Ese despacho, en que trataba de suavizar la manera fría con que la capital de Méjico había visto la salida del ejército francés, decía así:

«*El general Castelnau al emperador Napoleon III.*

—La evacuacion de Méjico tuvo lugar el 5, y no provocó sino manifestaciones de simpatía. La retirada se efectuó en un orden perfecto, sin tirar un tiro. El emperador queda en Méjico, á donde todo está tranquilo. Hoy vuelvo á Francia.»

1867. El mariscal Bazaine, sintiendo que Maximiliano se hubiese resuelto á permanecer en el país, seguía su marcha hácia Veracruz. A su llegada á Puebla dictó algunas disposiciones relativas á las fuerzas francesas que habían permanecido en aquella plaza. Cuando se ocupaba de esto, recibió la noticia de la derrota sufrida por D. Miguel Miramon en la batalla de San Jacinto. Sin pérdida de momento escribió al emperador Maximiliano suplicándole que volviese á Europa, haciéndole saber al mismo tiempo que el general Castagny quedaba

atrás para protegerle; pero decidido el jóven soberano á no abandonar en la hora del peligro á los que se le mostraban leales, cuando la Francia le había retirado sus recursos, manifestó que nunca ménos que entonces dejaría el puesto del peligro.

M. Danó, que había recibido una carta del general Castelnau y que debía hacer presente al mariscal la decision que tomase Maximiliano, escribió de Méjico, con fecha 16 de Febrero, al mariscal Bazaine, haciendo saber su resolucion. «El general Castelnau me ha escrito,» decía M. Danó al mariscal, «que pudiendo V. E. salvar aun al emperador Maximiliano, si quiere retirarse, desearía conocer las intenciones de S. M. despues de la derrota del general Miramon, puesto que dentro de algunos días le sería imposible partir.

»Los ministros mejicanos aseguran que en el mismo sentido ha escrito V. E. al soberano.

»El jóven emperador está ménos dispuesto que nunca á aceptar su oferta.»

El mariscal Bazaine sintió mucho ver fracasada su tentativa de alejar del país á Maximiliano, y dió suelta á su enojo contra el partido conservador que había sido el obstáculo á su abdicacion.

1867. Esta mala voluntad del general en jefe del ejército expedicionario francés hácia la comunión política conservadora, se fué haciendo más marcada á cada instante. Apreciaba al emperador; pero quería quitar todos los recursos al partido que le había persuadido á permanecer en el país, para ver si se resolvía por fin á regresar á Europa.